

á lo Carlos XII. «Lo mismo da, exclamó, morir aquí en una tragedia por defender nuestra dignidad, que en un lecho de enfermo.» Mandó cargar sus pistolas, dispuso que los suyos hicieran lo mismo, y decidió que cualquiera que tratase de forzar la puerta del emperador recibiese un balazo en la cabeza.

Con efecto, sir Hudson Lowe no tardó en presentarse con su estado mayor, llamó á Mr. Marchand y á Mr. de Montholón, les habló de la falta de ejecución de sus órdenes y les declaró que todo el que se resistiera á ellas sería enviado al Cabo. Le respondieron que por nada se cambiarían los usos establecidos en la casa del emperador, y que mucho menos que nunca le faltarían entonces al respeto á causa del estado en que se hallaba.

Sir Hudson Lowe partió disgustadísimo anunciando que haría ejecutar con la fuerza las voluntades del gobierno británico. Con efecto, al día siguiente se presentó un oficial bien escoltado y se dirigió á los criados diciendo que tenía que entregar un mensaje á Napoleón Bonaparte, para lo cual necesitaba que le condujesen á su presencia. Los criados le enviaron á Marchand, quien le envió á su vez al gran mariscal. Rechazado de este modo, se puso á recorrer la casa, á llanar á las puertas, y se acercó á la del emperador. Napoleón estaba tranquilamente ocupado en leer, con sus pistolas preparadas, y todos los suyos detrás de la puerta dispuestos como él á poner fin á su cautividad con una tragedia, para librar á su amo de esta última humillación. El oficial fué de puerta en puerta, llamó en todas, y al ver que no le abrían montó á caballo y se volvió á Plantation House sin haber desempeñado su misión.

Semejante empresa era triste é inútil tratándose de un carácter como el del prisionero de Santa Elena, y bien cruel considerando el estado de su salud. En cuanto á él se hallaba, por decirlo así, reanimado con esta extraña escena, como si hubiera oído resonar el estampido del cañón que tantas veces había escuchado en otro tiempo. Sir Hudson Lowe no se atrevió á insistir, limitándose á proferir amenazas de las que no debían esperarse consecuencias fatales después de la derrota que acababa de sufrir.

Por entonces, es decir, á fines de 1819, llegaron á Santa Elena los personajes enviados por el cardenal Fesch, que eran un joven médico italiano llamado Antomarchi, dotado de algún talento, falto de experiencia y lleno de presunción; un viejo sacerdote, el padre Buonavita, antiguo misionero en Méjico, y por fin un joven eclesiástico, el padre Vignale, uno y otro muy buenos, pero sin instrucción ni inteligencia. Con ellos iban tres ó cuatro criados destinados á llenar los empleos que había vacantes en la casa del emperador. Todos ellos, antes de llegar á Longwood, perdieron algunos días, durante los cuales fueron obsequiados por el gobernador, lo que dispuso poco en su favor al amo á quien iban á servir, en el que había degenerado en pasión la antipatía que profesaba á sir Hudson Lowe. Napoleón les perdonó en seguida al oír lo que le contaron de su familia, y especialmente de su madre, de su hermana Paulina y de sus hermanos Luciano y José. Su hermana y su madre renovaban con instancia el ofrecimiento de ir á Santa Elena; José y Luciano le hacían una proposición mucho más aceptable, la de sucederse en Long-

wood pasando cada uno tres años en este punto. Napoleón no dió gran importancia á este proyecto, que la muerte, próxima en su concepto, debía hacer inútil, pero lo agradeció en el fondo de su alma.

Habló de su salud con el joven doctor Antomarchi, se dejó examinar minuciosamente, se sonrió al oír sus apreciaciones, y le declaró como á todos sus médicos que quería morir de la enfermedad y no de los remedios. Le encargó que fuese á los hospitales de la guarnición para estudiar las alteraciones orgánicas que el clima desarrollaba en los europeos, diciéndole que en ellos podría adquirir algunos datos útiles para el cumplimiento de su misión. Después conversó con los sacerdotes y le parecieron tan sencillos, tan inocentes como ignorantes. «Reconozco en su elección, exclamaba, á mi tío Fesch. Siempre el mismo espíritu, el mismo discernimiento. Este médico no sabe nada creyendo saber mucho; y enviarme un doctor como él, á mí que no escucharía más que á Corvisart, más valía que no le hubiera enviado. En cuanto á los dos sacerdotes, he hablado con ellos de asuntos religiosos (porque de qué otra cosa hablar cuando la muerte está tan cerca), pero en la primera conversación han quedado fuera de combate. Necesitaba un sacerdote sabio con quien poder discutir sobre los dogmas del cristianismo. No me hubiera hecho más creyente en Dios de lo que soy, pero acaso me hubiera edificado sobre algunos puntos importantes de la creencia cristiana. ¡Es tan dulce acercarse á la tumba con la fe absoluta de los católicos!. Pero no puedo esperar lo que deseo de estos dos sacerdotes; sin embargo, me dirán la misa, y al menos me servirán de algo.»

Había en Longwood un vasto comedor que Napoleón no utilizaba, porque después de los disgustos que se habían suscitado entre sus amigos, almorzaba y comía solo para no poner á los unos enfrente de los otros en las horas de sus comidas. Sin embargo, después de la partida de Mma. de Montholón, comía con Mr. de Montholón en una de las dos habitaciones en que pasaba su vida. Mandó convertir el gran comedor en su capilla, y dispuso que se celebrase allí la misa todos los domingos. No obligaba á nadie para que la oyese, pero aprobaba á los que iban (que eran la mayor parte), y esta misa, dicha sobre una roca desierta, le ofrecía una satisfacción, más que nada, porque evocaba todos los recuerdos de su infancia. Jamás se le oyó reprender á nadie por haber faltado á este deber religioso, pero no sufría la más insignificante palabra en contra de él. Habiéndose permitido el joven Antomarchi algunas frases que le disgustaron, le reprendió con dureza diciéndole que por su parte no deducía nada en pro ni en contra de las personas, fuesen ó no creyentes; pero que no sufría la falta de respeto hacia la religión más venerable del género humano, y que además era para los franceses y los italianos su religión nacional. Estas palabras fueron dichas con una autoridad que no admitía réplica, sobre todo para con un hombre á quien nadie se atrevía á contradecir ni aun en Santa Elena. Napoleón añadió dirigiéndose á los que asistían á este diálogo: «Si los hombres no van á misa, ¿sabéis adónde irán? A casa de Cagliostro ó á la de madamisela Lenormand; y, francamente, más vale ir á misa.»

El navío en que llegaron el médico y los dos sacer-

dotes condujo á la isla algunos cajones de libros. Napoleón, á pesar de lo débil que estaba, dispuso que fuesen abiertos en su presencia. Después de examinar una gran parte de los libros, dijo que en los cajones debía haber alguna otra cosa, porque á un padre no se le enviaban solamente libros. Con efecto, en el fondo de uno de ellos estaba oculto un retrato del duque de Reichstadt que el príncipe Eugenio se había procurado y que estaba copiado del original. Napoleón lo cogió con alegría, lo contempló largo rato y lo mandó colocar en su cuarto de un modo á propósito para tenerlo siempre á la vista. Volvió á registrar los libros y no encontró á Polibio, que tanto deseaba por ser el principal historiador de Aníbal, de lo que se quejó vivamente; pero halló muchas obras relativas á la historia contemporánea, que leyó con avidez, sonriendo unas veces, irritándose otras y llenando las márgenes de los libros con notas.

Su salud inspiraba cada día las más vivas inquietudes, y de todo cuanto le había dicho el doctor Antomarchi sólo una cosa había producido alguna impresión en su ánimo, porque estaba de acuerdo con lo que le habían repetido los doctores O'Meara y Stokoe y con lo que él mismo había notado; que el ejercicio le era indispensable, siendo este el único medio de curar sus padecimientos. Este remedio era efectivamente el que le inspiraba alguna confianza, pero no quería salir para no verse vigilado de cerca por un oficial. El doctor Antomarchi le dijo entonces que montar á caballo era un buen ejercicio, pero que había otros, y que cavar la tierra sería para él uno tan sano como los demás. Este consejo fué para Napoleón un rayo de luz que le proporcionó algunos buenos momentos, los últimos de su vida.

Resolvió consagrarse inmediatamente á este nuevo ejercicio, y obligó á la colonia entera á que le acompañase en sus faenas. Comenzaba el año 1820 y el tiempo era magnífico. Napoleón quiso que todo el mundo se levantase como él á las cuatro de la mañana, cogiese la azada y trabajase en el jardín. Ninguno podía eximirse de esta carga, y todos sus compañeros de destierro desde Mr. Bertrand, Mr. de Montholón y Mr. Marchand hasta los últimos criados, incluso los chinos, trabajaban bajo su dirección. Esta ocupación agradaba á todos, porque divertía los fastidios del destierro, pero aunque les hubiera disgustado se hubieran dedicado á ella porque veían que hacía bien á su amo y que le entretenía. Con efecto, en pocos días se notó en él un grande alivio, y como á fines del año precedente, sus facciones menos lívidas, sus piernas menos hinchadas, sus vómitos menos frecuentes, podían hacer esperar un prolongado restablecimiento.

Ya hacía mucho tiempo que Napoleón había abandonado el uniforme militar, y sólo conservaba el calzón blanco y las medias de seda; las demás piezas de su traje eran del orden civil; pero entonces se puso el traje que usaban los plantadores. Vestido con una tela de India blanca y ligera, cubierta su cabeza con un sombrero de paja, y en la mano un bastón, dirigía los trabajos como un verdadero oficial de ingenieros. Lo primero que hizo fué levantar una especie de parapeto con tierra encaspedada, opuesto al viento Sudeste, que no tardó por su elevación en poner el jardín y la casa al abrigo de este

terrible viento. Después transplantó árboles, lmoneros y especialmente una encina, que tanto deseaba, y que es lo único que ha sobrevivido de aquel jardín cultivado por sus gloriosas manos. Faltaba el agua, y la hizo llegar desde un arca ó depósito que sir Hudson-Lowe había mandado construir al pie del pico de Diana. Esta agua, hábilmente dirigida al jardín de Longwood, no tardó en cubrirle de verdura, porque en aquellos climas ardorosos la acción del agua unida á la del sol hace que la vegetación se vea crecer materialmente. Napoleón cosechó en poco tiempo varias legumbres y le gustaba que las sirviesen en su mesa. Al saber sir Hudson-Lowe las nuevas aficiones de Napoleón, dispuso que le ofrecieran plantas, instrumentos y operarios. El ilustre cautivo aceptó una parte de las ofertas del gobernador, y al cabo de dos meses, gracias á los esfuerzos de todos, el jardín cambió de aspecto, y con el jardín su salud y su humor. Trabajaba y hacía trabajar á sus compañeros desde las cuatro de la mañana hasta las diez ó las once, hora en que el calor incomodaba. Entonces almorzaba bajo una tienda con los suyos sentados á dos mesas, una para él y sus principales compañeros de destierro y la otra para sus criados. Después de comer descansaban, y terminaba el día continuando sus lecturas y dictados.

Al día siguiente volvía á empezar la misma vida con el mismo celo, y esta animación, que debía durar tan poco tiempo, le hacía estar alegre, amable y de vez en cuando ingenioso ó profundo. En ciertas ocasiones, á propósito de la vegetación ó de algunos insectos, se entregaba sobre Dios y la creación á las más elevadas, á las más elocuentes consideraciones. Otras veces traducía en imágenes tan ingeniosas como pintorescas las verdades físicas que se revelaban á él por la simple observación de los hechos. Uno de sus criados chinos, cavando uno de los canales de riego, dió un golpe con la azada en la raíz de un tejo, y al señalar Marchand este daño, Napoleón le dijo: «Si tuvieras hambre y detrás de ti se sirviera una comida succulenta, á buen seguro que te volverías para saciar tu apetito. Pues bien: ese árbol hará lo mismo; sus raíces, que ha habido necesidad de tocar en este sitio, se volverán, y el árbol, después de haber sufrido un momento, recuperará su vigor.»

Trabajando de este modo con sus manos, pudo reanudar su trabajo intelectual, porque su mejoría, debida á su actividad, produjo en él una reacción notabilísima. Por entonces dictaba la vida de César, ó bien llenaba de notas sorprendentes algunas de las obras contemporáneas que había recibido de Europa. Ya había anotado las de Mr. de Pradt, y á principios de 1820 se dedicó á hacer lo mismo con la *Historia de los Cien Días*, de Mr. Fleury de Chaboulón, joven lleno de buenas intenciones, pero que hablaba con frecuencia de lo que ignoraba ó no comprendía. Napoleón añadía á las páginas de esta obra notas muy indulgentes para su autor, y que para la historia contenían numerosas revelaciones. También se ocupaba, aunque de un modo distinto, en anotar un libro, el del general Rogniat, sobre los principios de la guerra. El general Rogniat había sido un oficial de ingenieros de los más notables, pero su talento injusto y malévoló obscurecía sus cualidades militares. Su obra, además de ser en su mayor parte quimé-

rica, era un acto poco generoso para con el cautivo de Santa Elena, al que había servido con sumisión y al que entonces denigraba sin consideración alguna.

Napoleón al leerla sintió una verdadera cólera, pero sin inquietarse por su gloria. «Si el gran Federico viese y criticase mis campañas, decía, esto podría llegar á ser serio, y en todo caso no me faltarían razones que darle; pero estas gentes, añadió aludiendo al general Rogniat y á algunos otros, no pueden alarmarme.» Aunque trataba de este modo al general Rogniat, le dispensó la honra de responderle en forma de notas, honra que otorgará á la obra anotada una inmortalidad que sin este socorro no hubiera alcanzado nunca. Napoleón trazó en estas notas con un estilo sin igual por la claridad, la concisión y el vigor, los principios de su arte, aun en sus más minuciosos detalles, y le aumentó con un resumen en algunas páginas de las campañas de los más célebres capitanes. Jamás se ha hablado con más grandeza ni con más sencillez de las cosas más grandes, porque los hombres y las cosas de que se trataba eran Alejandro, Aníbal, César, Federico, Napoleón, y sus acciones reducidas á principios generales sobre la política y la guerra. Digamos también que la medianía denigrante no fué jamás castigada más cruel y superiormente.

Pero este fué el último resplandor de su genio, y puede decirse también de su vida. Habiendo desplegado durante algunos meses una actividad singular, declinó rápidamente con el buen tiempo, y su salud en la segunda parte del año 1820 fué pésima. Volvió á la vida sedentaria y se mostró triste, perezoso de cuerpo, perezoso de alma, y no tuvo más tiempo que el preciso para acabar las historias de César, de Turena y de Federico. Los últimos meses de 1820, en los que volvió la primavera al hemisferio que habitaba, no pudieron reanimarle. No hacía ejercicio, sus piernas se hincharon, sus pies estaban fríos y su estómago rechazaba toda clase de alimentos. Desde este instante no dudó que su fin se acercaba, y á más del sentimiento que le causaba no poder concluir los trabajos que había proyectado, veía llegar la muerte con una especie de satisfacción.

Nunca había pensado formalmente en una evasión. La isla estaba vigilada de tal modo, que no podía pasar sin ser visto el más pequeño esquife, y por lo demás la guardia que le rodeaba era tal, que le hubiera sido imposible ocultarse de ella más de algunas horas sin ser hallado, aun cuando se escondiese en las más profundas sinuosidades de la isla. Quizás la aversión que le inspiraba el oficial encargado de seguir sus pasos tuviese por motivo principal la imposibilidad de escaparse de sus guardianes; pero lo cierto es que siempre consideraba como impracticable sobre poco más ó menos cualquiera clase de evasión. Otra mayor, todavía más poderosa, le hacía que no pensase en evadirse. Contemplando el giro de las cosas como un profundo observador, notaba de día en día que, sin olvidar su gloria, el mundo se arreglaba de la mejor manera para no necesitarle, y por este motivo se consideró excluido para siempre de la escena política. Su única esperanza era la de que le mudasen de residencia, pero aunque descubría un cambio en los ánimos en Inglaterra, no creía próximo el triunfo de los whigs, y por lo demás

no suponía que aunque triunfases llegarían á devolverle la libertad. Había recibido de lord y lady Molland las más expresivas muestras de interés, porque esta noble familia pensaba que podía custodiarse á este ilustre cautivo sin torturarlo. Le enviaron libros, frutas, vinos, y lo que era más grato para él, seguridades de su simpatía, con las que le probaban que no era objeto del odio universal. Pero de todos estos testimonios individuales á una gran resolución del gobierno en su favor, había una inmensa distancia. No abrigaba, pues, esperanza alguna, y la muerte es la única esperanza de los que han perdido las demás. Algunos escritos que le quedaban para concluir eran un motivo para aceptar una prolongación de vida, pero un débil motivo para desealarla; porque ¿qué es lo que podían hacer para su renombre algunas páginas más? Preciosas para un escaso número de hombres capaces de apreciarlas, no podían aumentar un solo átomo á la inmensidad de su gloria; así es que veía á la muerte sin ese horror que inspira á los seres animados, y si en ciertos instantes se notaban todavía en él algunos de esos apetitos oscuros de la vida que son un puro efecto del instinto físico, su alma entera acogía á la muerte como una amiga que acudía con sus manos á abrirle la espantosa prisión de Santa Elena.

Por lo demás, una porción de circunstancias le confirmaban en esta disposición. Mr. de Montholón, á pesar de la partida de su esposa y de sus hijos, permanecía en Santa Elena sin dejar traslucir el menor deseo de seguirlos; pero esta adhesión no podía ser eterna, porque era preciso que el general pensase en su familia que se hallaba sin él en Europa. La familia Bertrand, hospedada á poca distancia de Longwood, siempre asidua, pero triste, tenía que educar á sus numerosos hijos, y no podía descuidar por más tiempo este deber. Mma. Bertrand había anunciado respetuosamente á Napoleón que no tardaría en abandonar á Santa Elena por este motivo. Aunque muy lejos de censurar esta determinación, Napoleón la sintió con extremo. Comprendió que el gran mariscal no podía dejar partir sola á su esposa, y le dió una licencia cuya duración dependería de las circunstancias. Aun cuando la familia Bertrand, por la distancia que la separaba de Longwood y por la naturaleza de su carácter, proporcionase menos dulzuras á su vida que la familia Montholón, apreciaba la noble probidad del gran mariscal, la elevación de sentimientos de su esposa, y experimentó un gran pesar al pensar en que dentro de poco se vería reducida la colonia á Mr. Marchand solo. «Tú no tienes hijos á quien educar, le decía, y tú me cerrarás los ojos. Todavía me leerás y me escribirás algunas páginas y después partirás. Pero, ya lo veo, es tiempo de que os deje.»

Por fin comenzó el año 1821, que debía ser para Napoleón el último de su gran existencia. A principios de enero experimentó una mejoría de algunos días, pero que no se sostuvo. «Es un descanso de una semana ó dos, decía, al cabo de las cuales continuará la enfermedad su curso.» Dictó á Marchand algunas páginas sobre César, y estas páginas fueron las últimas. Poco después supo por los periódicos la muerte de su hermana Elisa, y esta noticia le causó mucha pena. Era la primera persona de su familia que moría desde que Napoleón

tenía uso de razón. «Vamos allá, dijo, ella me enseña el camino, es preciso seguirla.» Los síntomas no tardaron en reaparecer con toda su fuerza. Napoleón tenía las facciones lívidas, la mirada siempre penetrante, los ojos hundidos, las piernas hinchadas, las extremidades frías, el estómago de una susceptibilidad tal que echaba todos los alimentos acompañados de materias negruzcas. El mes de febrero se pasó de este modo sin que experimentara ninguna mejoría, adquiriendo por el contrario su enfermedad los síntomas más graves. Como no digería ningún alimento, sus fuerzas se debilitaban de día en día. Comenzaba á atormentarle una sed ardiente y su pulso tan lento se animaba poniéndose febril. Quería aire, pero no podía soportar su impresión. La luz le fatigaba y no salía de los dos cuartos en donde estaban extendidas sus dos camas de campaña, haciéndose transportar de la una á la otra. No dictaba ya, pero oía la lectura de Homero y de las guerras de Aníbal, contadas por Tito Livio, ya que no le había sido posible procurarse las obras de Polibio.

En el mes de marzo su gravedad fué mayor, y el 17, deseando respirar libremente, mandó á buscar un coche; pero apenas se vió en pleno aire se desmayó, y fué llevado al lecho en donde debía expirar «Ya no soy, dijo, ese arrogante Napoleón que tanto ha visto el mundo á caballo. Los monarcas que me persiguen pueden tranquilizarse; no tardaré en devolverles la seguridad...» Sus servidores no le abandonaban. Marchand y Montholón velaban noche y día á su cabecera, y él les manifestaba una extremada gratitud. El gran mariscal le anunció que ni él ni su esposa partirían, y Napoleón le dió por ello las más cordiales gracias. Pidiéndole él mismo permiso para que le visitase su esposa: «No debe verme nadie, respondió; mi vista entristece demasiado. Cuando esté mejor recibiré á Mma. Bertrand. Decidle que le agradezco el sentimiento de adhesión que la ha retenido seis años en este desierto.»

En este estado desesperado, sin salir, sin ver más que á sus más queridos amigos, sin poder soportar ni el aire ni la luz, llegó á ser enteramente invisible para sus guardianes. El desgraciado Hudson-Lowe se hallaba poseído de un gran terror, como si una enfermedad tan grave y el pesar que revelaban todos los rostros en Longwood hubieran podido ser fingidos para ocultar una evasión. El oficial de servicio, lleno de consideración, no abrigaba la menor duda y procuraba tranquilizar al gobernador diciéndole que la enfermedad era cierta y que era inútil atormentar al ilustre cautivo para tratar de verle. Sir Hudson-Lowe no tenía esta seguridad y veía en los comisarios la misma inquietud que le aguijoneaba. El Austria había llamado á Mr. de Stürmer porque sabía bien que no había que temer que la Inglaterra soltase nunca su presa, y en esta persuasión la presencia de un enviado austriaco no servía más que para hacerle responsable á los ojos de la opinión pública universal de los tormentos que se infligían al hijo político de Francisco II. Mr. de Balmain se había unido con la hija de sir Hudson-Lowe, y participaba en general de sus opiniones. En cuanto á Mr. de Montchenú, el comisario francés deseaba ardientemente estar seguro de la presencia del prisionero, y quería que se tomasen las medidas necesarias para salir de la duda en que estaban. Bajo el imperio de estas impresiones,

sir Hudson-Lowe ordenó, al fin, al oficial de servicio que forzase la puerta del enfermo si era preciso para identificar su persona, porque hacía quince días que no había sido posible verle. El oficial de servicio, portándose con una extremada delicadeza, comunicó sus órdenes á Mr. Marchand y á Mr. de Montholón, anunciándoles por lo demás que no las observaría; pero les suplicó que le proporcionasen los medios de ver á Napoleón. Mr. de Montholón, que no hacía como el gran mariscal cuestión de honor de todas estas pequeñeces, se puso de acuerdo con el oficial, le situó en una de las ventanas, y después la entreabrió en el momento en que trasladaban á Napoleón de una cama á otra. El oficial pudo distinguir su noble rostro ya descolorido y demacrado por la muerte, y se apresuró á comunicar al gobernador que lo que sucedía en Longwood no era como creían una comedia.

Apenas este desventurado gobernador se vió libre de un temor, le asaltó otro, y se acusaba de dejar morir á su prisionero sin socorros. Insistió en que acompañase un médico de la isla al doctor Antomarchi, con lo que tendría un testigo diario que le certificase la presencia de Napoleón, noticias del enfermo, y una respuesta que dar á los que le acusasen en Europa de haber privado al glorioso enfermo de los auxilios del arte. El doctor Antomarchi deseaba por su responsabilidad el concurso de uno ó dos médicos; pero Napoleón se negaba á aceptarlos, no queriendo que le atormentasen con remedios en cuya eficacia no creía. Con todo, había en Santa Elena un médico del 20.º regimiento que gozaba de general estimación. Napoleón, cediendo á las instancias de sus amigos, consintió en que le visitase, le acogió con benevolencia, le repitió lo que había dicho muchas veces hablando de su salud, que era una batalla perdida, y fingió aceptar sus consejos, pero no los siguió, porque deseaba, según decía, morir tranquilamente.

De este modo llegó á los últimos días de abril sin esperanza alguna, sin buscar la más mínima, y mirando su fin como muy próximo. Entonces resolvió hacer su testamento. Le quedaban cerca de cuatro millones en casa de Mr. Laffitte, los intereses de este capital, y algunos restos de una cantidad de dinero confiada al príncipe Eugenio. De esta última cantidad había tomado doscientos ó trescientos mil francos por medio de Mr. de Las Cases cuando éste volvió á Europa; razón por la cual pudo salvar los 350.000 francos en oro que había llevado á Santa Elena. Distribuyó estos fondos entre Mr. de Montholón, el gran mariscal, Marchand y sus demás criados para proporcionarles los medios de volver á Europa y de vivir los primeros tiempos. De los cuatro millones que tenía en Francia, dejó dos á Mr. de Montholón para asegurarle un bienestar suficiente, 700 ú 800.000 francos á la familia Bertrand y cerca de 500.000 á Marchand. Además dió á este último el collar de diamantes de la reina Hortensia y le nombró con Mr. de Montholón y Mr. Bertrand testamentario en recompensa de su nunca desmentida fidelidad.

Hizo á sus demás servidores legados proporcionados á su condición, procurando asegurar la subsistencia de todos después de su muerte. Aunque muy poco satisfecho del doctor Antomarchi, reconociendo sus cuidados, le legó cien mil francos; también se cuidó del sacerdote Vignale, el único que había quedado de los dos

que llegaron á Santa Elena, y no se olvidó de los criados chinos que también le habían servido. Atendiendo á la suerte de cada cual con arreglo á sus medios, reunió los objetos de algún valor que podían servir de grandes recuerdos á aquellos á quienes se los dejase, y por medio de su testamento dispuso de ellos en favor de su hijo, de su madre y de sus hermanos. Tampoco olvidó á la generosa lady Holland, á quien dejó una de sus cajas de rapé. A estos legados añadió algunas palabras afectuosas para María Luisa. No conservaba ninguna ilusión por esta princesa, pero quería honrar en ella á la madre de su hijo.

Consagró algunos días para acordar estas disposiciones, después para escribirlas, y se interrumpió muchas veces vencido por la fatiga y el sufrimiento. Al fin terminó su trabajo, y fiel á su espíritu de orden mandó redactar un acta de la entrega de su testamento á sus testamentarios y de todo cuanto poseía, á fin de que no se suscitase ninguna cuestión después de su muerte. Recomendó que se observasen en sus funerales los ritos del culto católico, y que su comedor, que era en donde se decía misa, fuese convertido en capilla mortuoria. Al escuchar el doctor Antomarchi estas prescripciones dirigidas al sacerdote Vignale, no pudo menos de sonreírse. Napoleón juzgó que esto era faltar al respeto á su autoridad, á su genio y á su muerte. «Joven, le dijo con tono severo; quizás tenéis demasiado talento para creer en Dios: yo no soy como vos... *No es ateo todo el que quiere serlo.*» Esta lección dada en términos dignos por el gran hombre moribundo, llenó de confusión al médico, quien se excusó haciendo profesión de fe de las más sanas creencias morales.

Estos preparativos fatigaron á Napoleón, ó por mejor decir aceleraron su muerte. Sin embargo experimentó una especie de alivio moral y físico al ver sus asuntos definitivamente arreglados, y asegurada la suerte de sus compañeros. Sonriendo á la muerte con tanta dignidad como gracia, dijo á Montholon y á Marchand, que no le abandonaban: *Sería una lástima no morir, después de haber arreglado todas mis cosas.*

Llegaron los últimos días de abril y á cada momento el mal era más amenazador y peligroso. Los espasmos, los vómitos, la fiebre y la sed ardiente no cesaban. Napoleón tomaba de cuando en cuando algunas gotas de agua fresca que se había encontrado al pie del pico de Diana, en donde hubiera querido tener su casa, y que le proporcionaban un poco de alivio. «Deseo ser enterrado, dijo, en las orillas del Sena, si alguna vez es esto posible, ó en Ajaccio en las posesiones de mi familia, ó por último, si mi cautividad ha de extenderse á mi cadáver, al pie de la fuente que me ha proporcionado algún alivio.» Sus amigos prometieron cumplir su voluntad con las lágrimas en los ojos, porque no le ocultaban ya el estado en que se hallaba y que tan bien veía por su parte. «Vais, dijo á los que le rodeaban, vais á volver á Europa con el reflejo de mi gloria, con el honor de una noble adhesión. Yo voy á reunirme con Kléber, Desaix, Lannes, Massena, Bessieres, Duroc, Ney!... Todos correrán á mi encuentro, y experimentarán una vez más la embriaguez de la gloria humana... Hablaremos de cuanto hemos hecho, conversaremos de nuestro arte con Federico, Turena, Condé, César, Aníbal...» Después, parándose, añadió Napoleón

con una singular sonrisa: *A no ser que allá arriba cause miedo, como aquí bajo, ver reunidos á tantos militares.* Esta ligera broma, mezclada con el lenguaje solemne que empleaba, conmovió con extremo á los asistentes. El 1.º de mayo se anunció la agonía, y los dolores fueron casi continuos. El 2 y el 3 Napoleón pareció consumido por la fiebre, y presa de violentos espasmos. Cuando el sufrimiento le daba alguna tregua, su espíritu se despertaba radiante y mostraba tanta lucidez como serenidad.

En uno de estos intervalos dictó, bajo el título de primero y segundo ensueño, dos notas sobre la defensa de la Francia en caso de invasión. El 3 comenzó el delirio, y á través de sus frases entrecortadas se oyeron estas palabras: «Mi hijo..., el ejército..., Desaix...» Cualquiera hubiera dicho, al notar cierta agitación en él, que por la última vez tenía delante una visión de la batalla de Marengo ganada por Desaix. El 4 duró la agonía sin interrupción, y el noble rostro del héroe parecía cruelmente atormentado. El tiempo era horrible porque atravesaban la peor época del clima de Santa Elena. Las ráfagas de viento y lluvia cortaban de raíz algunos de los árboles recién plantados. Por fin el 5 no se dudó que había llegado el último día para aquella existencia extraordinaria. Todos los servidores de Napoleón, arrodillados en torno de su lecho, espían los últimos fulgores de su vida; desgraciadamente estos fulgores no eran más que signos de atroces sufrimientos. Los oficiales ingleses que se hallaban en el exterior recogían con un interés respetuoso cuanto los criados les comunicaban sobre los progresos de la agonía. Al amanecer, debilitándose el dolor con la vida, siendo general el frío que experimentaba, todo indicaba que la muerte iba á apoderarse de su gloriosa víctima. El día estaba tranquilo y sereno. A las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, precisamente en el momento en que el sol se ponía y cuando el estampido del cañón inglés daba la señal de la retirada, los numerosos testigos que observaban al moribundo notaron que ya no respiraba, y exclamaron que había muerto. Cubrieron sus manos de besos respetuosos, y Marchand, que había llevado á Santa Elena el manto que el primer cónsul tenía en Marengo, revistió con él su cuerpo, no dejando descubierta más que su noble cabeza.

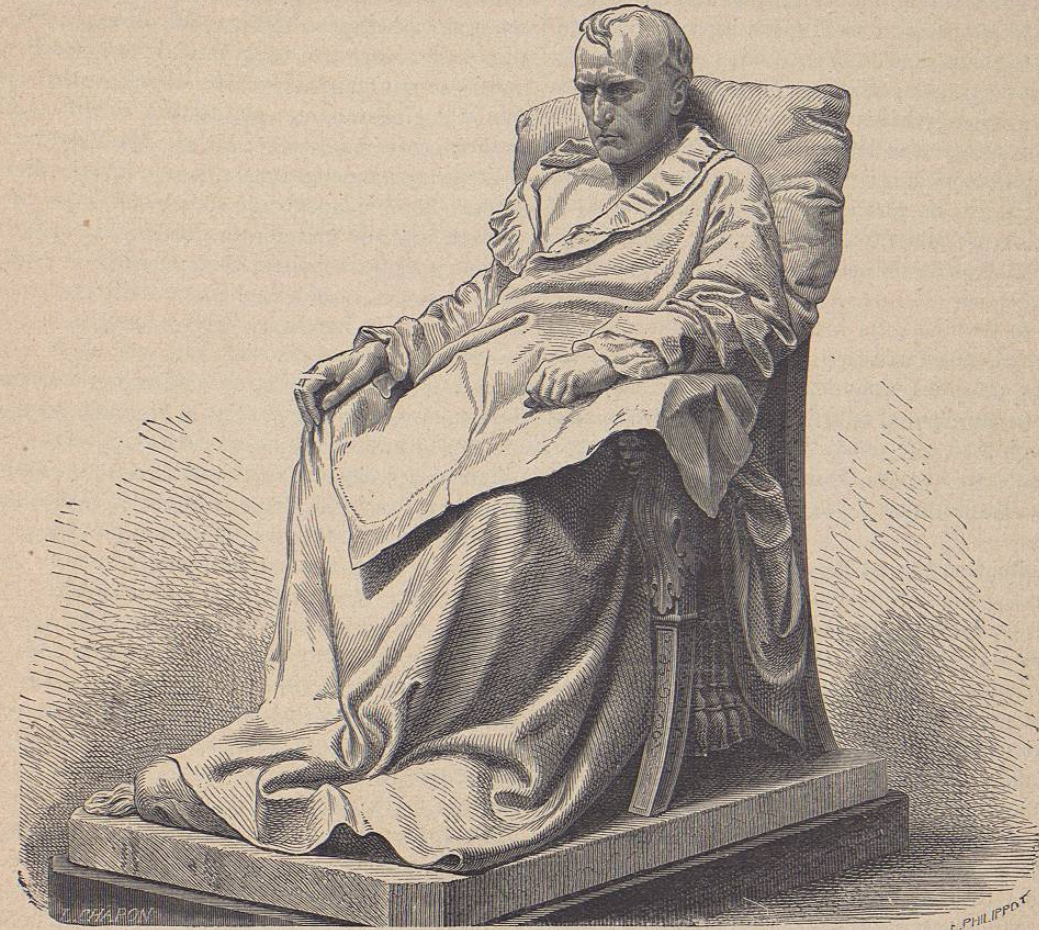
A las convulsiones de la agonía, siempre tan tristes para los que las ven, sucedió una calma llena de majestad. La figura de Napoleón dotada de una rara belleza, tan delgada como fué en su juventud, y vestida con el manto de Marengo, parecía devolver á los que le contemplaban el general Bonaparte con toda su gloria.

El gobernador y el comisario francés quisieron asistir á este espectáculo grandioso, y manifestaron en presencia de aquella muerte, tan extraordinaria como la vida que había terminado, el respeto debido.

Napoleón había expiado durante los seis años que habían transcurrido el miedo que causaba al mundo, y los que habían estado encargados de su custodia habían cedido á este miedo con más ó menos crueldad (porque el miedo es cruel), según que habían vivido más ó menos alejados de la víctima. Los oficiales de servicio al verle de cerca no habían podido menos de interesarse por él, aligerando el peso de sus cadenas siempre que podían. Sir Hudson-Lowe, que no le veía directamente,

era quisquilloso, y algunas veces le perseguía por desconfianza ó resentimiento, pero otras se enternecía al oír la relación de los sufrimientos de su prisionero. Lord Bathurst, á dos mil leguas de distancia, sir ver absolutamente nada de los tormentos de la víctima y dominado por las pasiones de la Europa, se mostró despiadado, dejando un triste legado á su patria, porque si la justicia dice que había derecho para detener á Napoleón, niega que lo hubiera para torturarlo y humillarle.

proporcionado en todas sus partes, el pie y la mano notables por la regularidad de su forma, los hombros anchos, el pecho desarrollado, el cuello un poco corto, pero sosteniendo firme y recta la cabeza más vasta, la mejor conformada que la ciencia anatómica ha reconocido; por último, un rostro cuya belleza respetó la muerte, del que los contemporáneos han conservado un recuerdo indeleble, y del que la posteridad, comparándole con los más célebres bustos de la antigüedad, dirá que



Últimos días de Napoleón (copia de la estatua de Vela)

Con arreglo á las instrucciones de Napoleón, se hizo su autopsia, y se dedujo de ella que la principal causa de su muerte había sido la formación de un cáncer en el estómago. El hígado ligeramente tumefactado probaba que el clima había ejercido alguna influencia en su salud, pero la menos decisiva. Lo que no puede contestarse es que el pesar, la desesperación oculta, la falta de ejercicio sobre todo, precipitaron la marcha de la enfermedad, anticipando su fin un número de años imposible de determinar.

El examen de su cuerpo reveló muchas heridas, algunas muy leves y tres muy pronunciadas. De éstas, la primera residía en la cabeza, la segunda en el dedo anular de la mano izquierda y la tercera en el muslo izquierdo; ésta, sumamente profunda, provenía de un bayoneta que recibió en el sitio de Tolón. Es la única cuyo origen puede ser designado históricamente.

De las medidas tomadas y de la descripción exacta del cadáver, resulta que Napoleón tenía una estatura de cinco pies y dos pulgadas (pies franceses), el cuerpo bien

fué uno de los más bellos que Dios ha dado al genio para su expresión. Su vida, tan llena de sucesos y que parece comprender siglos enteros, no duró más que cincuenta y dos años. Mr. de Montholon y Mr. Marchand le pusieron el uniforme que más le agradaba, el de los cazadores de la guardia, y el pequeño tricornio que había cubierto siempre su poderosa cabeza. Un solo sacerdote y algunos amigos oraron durante muchos días cerca de aquel cuerpo inanimado: ¡sorprendente contraste (conforme á todo el fin de su carrera) de una profunda soledad en torno del hombre á quien había rodeado y adulado todo el universo! Sin embargo, en honor del soldado, es preciso decir que los militares ingleses no cesaron de desfilar delante de su féretro mientras estuvo expuesto su cadáver. Por último, cuando la tumba que debía contener los despojos y que había sido colocada cerca de la fuente que con su manantial le había proporcionado algún alivio, estuvo terminada, sus amigos, seguidos del gobernador, del estado mayor de la isla, de los soldados de la guarnición y de los marinos de la